

EL CAMINO DE SANTIAGO COMO FENOMENO TURISTICO MEDIEVAL

En 1965, ante el Año Santo Compostelano, no faltó periódico ni revista española, que no dedicase unas líneas, más o menos largas, a la exaltación, estudio o divulgación de lo que el Año Santo, Santiago de Compostela o el Camino de Santiago representan. Se han escrito sobre el tema infinitos libros y folletos tanto en España como en el extranjero, y entre las revistas de más tirada publicadas en otros países no ha faltado el inevitable artículo sobre el Camino de Santiago, debido en ocasiones a plumas de mundial renombre en la literatura de viajes como es la de James Michener.

Mucho se ha escrito en los últimos años y nada nuevo puede añadirse en este modesto estudio en que me limitaré a mostrar el Camino de Santiago como ejemplo arquetípico de "turismo religioso" para prescindir de otras facetas del mismo hartamente tratadas por los especialistas.

Fueron históricamente las peregrinaciones de la primera forma de viaje pacífico a otras tierras, la primera forma de turismo, turismo que si en un principio fue exclusivamente religioso, muy pronto se le unieron también razones profanas, que en la época actual, con la progresiva secularización del pensamiento occidental, tienen en los más de los casos tanta importancia como los motivos puramente religiosos que llevan al forastero a los santuarios de su veneración.

Existen entre los no católicos infinitos lugares de peregrinación, de los cuales el más conocido es la Meca. De su trascendencia económica-turística basta indicar que el turismo —exclusivamente religioso— representa para la Arabia Saudita su segunda fuente de divisas después del petróleo, visitando hoy el país más de un millón de peregrinos.

Dentro de la Religión Católica han sido tradicionales las peregrinaciones a los lugares Santos, y conocida es la afluencia de fieles a Santuarios como los de Fátima o Lourdes. Pero históricamente las tres Ciudades Santas de la Cristiandad han sido: Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela.

De las consecuencias económicas de estas peregrinaciones baste indicar el hecho de que en el Año Santo de 1933 Italia recibió 2.528.308 turistas —cifra por cierto inferior a la que en el Año Santo de 1965 recibió Santiago—, mientras en 1934 la cifra se redujo a dos millones apenas. Estos peregrinos, preturistas, al ser los viajes exclusivamente religiosos, no buscan el sol, las playas ni los monumentos, sino reliquias, y los centros religiosos del Mundo Cristiano compitieron durante toda la Edad Media en su atesoramiento, inventándolas cuando no existían y llenando las Catedrales, Iglesias

y Santuarios de recuerdos sacros, las más de las veces apócrifos, algunos tan pintorescos como los que de la propia Catedral compostelana describía hace nada más que un siglo la guía turística de Lanneau Rolland.

* * *

El Apóstol Santiago, el primero de los discípulos de Cristo en sufrir el martirio, visitará España dos veces, en vida primero y después de su ejecución por Herodes, cuando su cuerpo es transportado a nuestra Patria por sus discípulos; los datos del descubrimiento de su tumba son harto conocidos y forman parte de nuestra historia nacional.

La leyenda, más eclesiástica que popular, se generaliza en el siglo XII. En el siguiente siglo, en los momentos de exaltación nacionalista y de moral de victoria que atraviesa España ante el triunfo continuo de los ejércitos cristianos, el Arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada, uno de los artífices de la victoria, relata en su "Historia" la batalla de Clavijo y la aparición de Santiago en su caballo blanco al frente de los ejércitos cristianos, contribuyendo a popularizar más su figura, que se identifica con las glorias nacionales.

El hallazgo del Sepulcro se conoce pronto en Europa. Lo recoge el "Martiriologio", de Floro, pasa al de Usuardo y después al Notker. Ninguna ciudad está más identificada a un hecho religioso que Santiago de Compostela. Es el Sepulcro del Apóstol —Apóstol por excelencia en España— el que aglutina y hace nacer la población.

Tiene ésta un aire arcaico, casas con blasones, entre los que predominan las vieiras de peregrinos y las cinco estrellas de los Fonseca, que tanto hicieron en el Renacimiento por la grandeza de Santiago, su plétora de edificios eclesiásticos y monumentos arquitectónicos de pasadas épocas, dan la idea de una ciudad cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, pero, como señala Otero Pedrayo, "es la ciudad más moderna de Galicia y la última en aparecer entre las metrópolis religiosas y culturales de Europa".

Finalizando el siglo X, el temido milenio, la flamante ciudad es conquistada y destruida en una de las incursiones de Almanzor, de la que sólo se salva milagrosamente el Sepulcro del Apóstol.

Los años siguientes son años de grandeza, se reconstruye la ciudad, pasado el fatídico año 1000 los reyes cristianos de Europa se agrupan y ayudan, es el momento de la colaboración extranjera en la Reconquista precedente y enseñanza de lo que pocos años después serán las Cruzadas.

Santiago, asegurado, queda en la retaguardia de la Cristiandad, los peregrinos acuden, pero al socaire de las peregrinaciones y los milagros también acuden los normandos, y Alfonso VI ha de encarcelar al Obispo don Diego Peláez, el que proyecta la Catedral, por creerlo en connivencia con Guillermo el Conquistador para entregarle Santiago.

Entre 1075 y 1188 se levanta la obra fundamental de la Catedral, la construyen naturales y peregrinos, que traían las piedras de cal de Triacastela, que cocían después en Castaniola, cerca de Arzúa. El arquitecto fue Maese Bernardo, cuyos planos aún se conservan.

Durante la construcción, el Papa Calixto II, hermano del difunto Conde de Galicia don Raimundo de Borgoña, elevó Compostela a sede metropolitana, trasladando allí el año 1120 el Arzobispado de Mérida. Fue su primer metropolitano el famoso Arzobispo Gelmírez.

La bula llegó a Compostela el 25 de julio de aquel año, día del Apóstol.

La ciudad, sus peregrinos, su Patrón, forman un todo, y la villa se llena de las conchas en piedra de las vieiras del peregrino, y la propia iconografía del Apóstol lo representará normalmente, desde el siglo XIV en hábito de peregrino compostelano.

* * *

Las peregrinaciones a Santiago de Compostela comienzan en época muy temprana, tan pronto como se descubre el Sepulcro. Alfonso III en el año 906 escribe a Tours indicando que han llegado a Santiago muchos extranjeros, pronto ante la Catedral ponen su banco los "cambiadores", Cofradía constituida bajo Alfonso II, y Compostela se llena de mercaderes de todos los rincones del mundo conocido, muchos de ellos judíos.

Galicia es roturada por monjes que la llenan de Monasterios, posiblemente parte alguna de España deba tanto a la obra de los religiosos como aquella Galicia medieval, ellos fomentan los cultivos y la cultura, y la fama de su riqueza llega a lejanas tierras como apetecible conquista, aparece la región como el "Jacobsland" de las sagas nórdicas, lugar de clima suave y gran riqueza, por eso es invadida una y otra vez por normandos y vikingos, la sede episcopal, que estaba en Iria Flavia, la traslada a Santiago el Obispo Adulfo II tras una de estas invasiones, y Santiago se convierte en ciudad amurallada con siete puertas.

Sin embargo, no será hasta el Concilio de Clermont, en el año 1095, cuando la mitra sea trasladada definitivamente, y de derecho, a Santiago de Compostela, que dependerá directamente y en exclusividad del Romano Pontífice.

Las peregrinaciones empezaron, pues, muy pronto, pero no era la situación del mundo cristiano al aproximarse el milenio la más favorable a los desplazamientos a lejanas tierras.

El primer peregrino de cuyo nombre nos llega noticia hace el viaje precisamente en esta época, es el Obispo Gotescalco de Puy, quien al pasar por el Monasterio de Albelda, en el Reino de Navarra, adquiere una copia del libro "De Virginitate Beate Maria", de San Ildefonso, que ejecuta un monje del Monasterio de nombre Gómez.

Pasa el milenio, los normandos se asientan en Inglaterra y dejan de ser piratas del mar. Se conquista Sicilia y Cerdeña de los musulmanes y se abre a la navegación cristiana el Mediterráneo Occidental, se rechaza a los hunos de Hungría; con la conquista de Toledo se inicia el contacto con la ciencia árabe, los cruzados descubren a Europa el ignoto Oriente y la Orden del Cluny, que tan importante papel desempeñaría en el desarrollo del Camino de Santiago, aparece en el escenario europeo como elemento unificador.

Ya están dadas las condiciones objetivas para la época de oro de las peregrinaciones a Compostela, una combinación dinástica determinará su consagración oficial por el Papado.

Alfonso VI inició en España una política de acercamiento a Europa, que dio sus frutos en la ayuda prestada por numerosos caballeros del Norte en la conquista de Toledo. Había casado el Rey con doña Constanza, hija de Roberto, Duque de Borgoña, y familiar de San Hugo Abad de Cluny, favoreciendo la Reina a dicha Orden, que se convertirá en propagandista entusiasta de la peregrinación jacobea.

También familiares de la Reina eran dos de los caballeros borgoñones que se destacaron en la conquista de Toledo, uno de ellos, don Raimundo, contrajo matrimonio con doña Urraca, hija del Rey, y fue nombrado en el año 1088 Conde de Galicia con derecho de sucesión a la Corona castellana; su primo Enrique de Besanzón contrajo matrimonio con una hija natural del Rey, doña Teresa, y obtuvo el Condado de Portugal cinco años después.

El nuevo conde galaico designó a un pariente del Obispo Peláez, exilado por el Rey, como administrador de la Diócesis compostelana, fue el gran Gelmírez, futuro Arzobispo de Santiago. A Gelmírez y al hermano del Conde, don Guido, Obispo de Vienne y futuro Pontífice con el nombre de Calixto II, se debe el inicio de la grandeza de Compostela y del Camino de Santiago.

En 1107 muere don Raimundo, siendo enterrado en la Basílica compostelana, su hermano don Guido asiste a las exequias junto con su amigo el Obispo Gelmírez y su sobrino el futuro Alfonso VII, Emperador de España. El interés de Calixto II por el Apóstol lleva a la publicación por el Pontífice de un libro trascendental, que se conserva en el archivo catedralicio de Santiago de Compostela y se conoce con el nombre de "Codex Calixtinus". De la importancia que ya tenían las peregrinaciones en la época —año 1135— en que fue redactado nos da idea uno de sus pasajes: "Coros de peregrinos agrupados por nacionalidades entonan cánticos al son de los tímpanos, la flauta, las violas y las chirimías. Unos lloran sus pecados, otros leen salmos, otros dan limosnas a los enfermos. Reina un movimiento intensísimo. Entran, salen y presentan sus dones..., por allí pasan los pobres, los felices, los caballeros y peones, ciegos y mancos, nobles y próceres, prelados y abades..., todos albergan la fé en sus pechos y una plegaria ferviente sale de sus labios."

El Código compostelano es complejo en su contenido, consta de un manual de liturgia jacobea, con escritos y oraciones de distintos Padres de la Iglesia sobre Santiago; el libro de los Milagros de Santiago, escrito por el propio Papa; una historia de la traslación del cuerpo de Santiago a España; la crónica del Arzobispo Turpin y la guía de peregrinos y descripción de la ciudad e iglesias compostelanas.

Son de particular interés los dos últimos libros, debidos, al parecer, a la pluma del monje poitevino Aymeric Picaud, Canciller del Papa.

La crónica del Arzobispo Turpin, al entrelazar las historias y leyendas de España y Francia, es fuente de romances del ciclo carolingio, tanto franceses como españoles, y con la figura del Apóstol como fondo, lazo de unión entre los dos países; tanto más cuanto que entonces, como ahora, franceses eran los núcleos más importantes de peregrinos foráneos, y "El Camino de Santiago" es por excelencia, entre los varios existentes, el "Camino Francés" que recorrían los peregrinos del vecino país. Es el V libro el que describe con todo detalle este Camino, y puede decirse que constituye la primera guía turística del mundo, y, como tantas cosas de nuestro turismo, fue dada a conocer por don Benigno de la Vega Inclán en su publicación "Guía medieval del viaje a Santiago".

Hacía falta la consagración canónica de las peregrinaciones, a otro Pontífice corresponde. En 1181 Alejandro III por la bula "Regis Aeterni" concedió a la Iglesia del Santo Apóstol la gracia y privilegio del "Jubileo", según la cual todos los fieles cristianos que debidamente arrepentidos de sus pecados visiten la Catedral compostelana durante el año en que la fiesta del Apóstol cae en domingo, pueden ganar indulgencia plenaria y obtener el perdón de todas sus culpas, aun en los casos reservados a la Santa Sede, e igualmente a los que la visiten en un año cualquiera, en los días del Martirio y de la Traslación de Santiago y de la Dedicación de la Iglesia.

El primer jubileo se celebró en el año 1182, antecedente remoto del que se verificó el pasado año, y que fue desde su inicio fortísimo estímulo para las peregrinaciones a Compostela.

* * *

Se peregrinaba para ganar el jubileo, por simple devoción, para cumplir penitencias, por votos, también se marchaba por afán de aventuras y conocer lejanas tierras, sin que faltasen los pillos y los negociantes.

Entraban los peregrinos en la Basílica, donde oraban y velaban el sepulcro del Apóstol para oír al día siguiente la Santa Misa, recibir las indulgencias y visitar las reliquias. Se proveían después de las veneras que cosían al vestido (uso que proviene de una de las muchas leyendas que sobre el Apóstol surgieron como consecuencia del Camino) y del "compostela" o certificado de haber realizado la peregrinación.

Varios eran los Caminos de Santiago: Había uno de los castellanos por Sanabria y Orense, otro de los portugueses y otro por vía marítima, el que usaban ingleses y escandinavos, para desembarcar en La Coruña, en Padrón o en Soulac, en la desembocadura del Garona, para de allí seguir el "Camino de Santiago" por excelencia, que es el "Camino francés".

Este era el que seguían no sólo los peregrinos del vecino país, sino los borgoñones y húngaros. Se concentraban en cuatro lugares de Francia: Arlés (inicio de la vía Tolosana), París (de la vía Turo-nensis), Vezelay (de la vía Limosina) y Le Puy (de la vía Podiensis), para entrar en España por Roncesvalles, menos los que seguían la vía Tolosana, que lo hacían por Somport para unirse a las otras vías en Puente la Reina. Además de estas cuatro rutas, que podemos calificar de oficiales, había otros itinerarios secundarios, sobre todo en el sudoeste de Francia.

A lo largo de los caminos de Francia se empiezan a observar las reminiscencias jacobeanas, las primeras conchas aparecen en las casas de Bayona, el primer gran hospital para peregrinos en Burdeos, iglesias de devoción a Santiago en todas partes.

El itinerario del Camino varió con el tiempo, pero a partir del año 1132, con la creación del hospital de Roncesvalles y la progresiva seguridad de la ruta, el Camino de Santiago adquiere su fisonomía definitiva, que conserva en nuestros días.

De Puente la Reina, donde se juntaban las peregrinaciones francesas, continúa por Estella, Los Arcos, Logroño, Villarrubia, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Belorado, Villafranca, Montes de Oca, Atapuerca, Burgos, Castrogéiz, Frómista, Carrión, Sahagún, Mansilla, León, Puente Orbiga, Astorga, Molinaseca, Ponferrada, Cabcabelos, Villafranca de Bierzo, Puerto del Cebreiro, Triacastela, San Miguel, Portomarín, Palas de Rey, Boente, Castañeda, Ferreiros y, tras cruzar el río Lavacolla, podían desde el Monte Gaudio contemplar, por fin, a Compostela, el primero que lo hacía era proclamado rey de la expedición.

Era costumbre que el peregrino usara sombrero, bordón y calabaza, una mochila y las veneras, aún hoy hay peregrinos que por tradición han conservado tal vestimenta.

Nueve meses era el término medio del viaje, que aumentaba con la distancia, como para aquel monje nestoriano que el franciscano Rubruquis, enviado de San Luis, encuentra en Asia dispuesto a iniciar la peregrinación.

El Camino surge en la etapa preestatal, en el momento en que el feudalismo, en su sentido político, impera en toda Europa, y esto implica la inseguridad, el peligro, porque el Estado surge y se justifica, ante todo, al imponer la paz y el orden.

Los diversos monarcas españoles sobre cuyos dominios discurría el Camino de Santiago comprendieron la necesidad de asegurar la protección del peregrino. Si el aparato estatal es aún incipiente y el

viaje tiene un fin religioso, la conclusión lógica es confiar la protección del peregrino a una institución religioso-militar. El éxito de los monarcas en garantizar la protección de los peregrinos, que constituye su preocupación constante, es total en el agitado mundo de la Baja Edad Media.

Cuenta el Cronicón de Giraldo que en el año 1126 el hijo del Conde de Traba asaltó a unos comerciantes lorenenses entre Padrón y Santiago. Pero Gelmírez, aliado del padre del asaltante, les restituyó lo robado y castigó al hijo. La historia recoge ejemplos similares, la Mitra, mientras el poder real fue débil, protege la seguridad del peregrino y castiga duramente a los que los asaltan, lo que se realiza sobre todo contra los flamencos, los más ricos entre los visitantes a Compostela, ya que en su país se inició la industrialización de Europa en la Baja Edad Media.

Hito decisivo en la seguridad de la ruta es la creación de la Orden de Santiago. Es Fernando II su fundador en el año 1167, concediéndoles la villa de Alcántara para luchar contra los moros y defender de malhechores el Camino de Santiago y a los peregrinos. Pocos años después al Arzobispo compostelano Pedro Gudesteiz nombró canónigo al Prefecto y a los caballeros, "vasallos del Apóstol", otorgándoles bandera con "una cruz en figura de espada". La Orden fue confirmada en el año 1175 por el Cardenal Jacinto, legado del Papa Alejandro III, el mismo que estableció el jubileo compostelano.

Pero no sólo es la Orden de Santiago —que ha llegado a nuestros días aunque sin su misión primigenia— la encargada de proteger al peregrino. También colabora la Orden de Cluny, tan identificada con el Camino, y los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén.

La trascendencia de esta protección es mucho mayor de lo que pueda pensar el hombre europeo del siglo XX, protegido doquiera que vaya por el aparato estatal, ese comienzo de la Baja Edad Media, bajo la égida del feudalismo, es sinónimo de intranquilidad, arbitrariedad y caos. El Camino de Santiago y los Reinos españoles de su época rompen la marcha creando, con anterioridad al aparato estatal, que surge tras el Renacimiento, algo tan fundamental como la paz y la seguridad, que contribuyen no poco, en aquella agitada época, a hacer del Camino de Santiago una de las pocas rutas de la Europa cristiana que se podía recorrer con seguridad.

Las instituciones —preestatales— que realizaron tal obra hace siglos que dejaron de tener razón de ser, su conservación, respeto y admiración por las gentes de nuestra época no tienen otra raíz que su glorioso y fecundo pasado.

Otra labor —y que entra totalmente dentro de lo que hoy consideraríamos política turística— es la mejora del Camino, y éste pasa a realizarlo un religioso español, Santo Domingo, llamado precisamente por eso de la Calzada, a quien se debe el diseño de los puentes y ruta, y que acertadamente es hoy, en España, el Patrón de los ingenieros de caminos.

Pero no solamente con caminos adecuados tratan las autoridades eclesiásticas y reales de hacer más asequible la peregrinación. También procurarán facilitarles el viaje con alojamientos cómodos. El mandamiento de la Iglesia: "Dar posada al peregrino" en ninguna parte se aplicó mejor que en el Camino de Santiago, convirtiéndose en realidad en principio de propaganda y defensa turística.

Ya el propio Códice Calixtino recuerda esta obligación: "Los peregrinos, ya pobres, ya ricos que de los términos de Santiago vuelvan o van, han de ser recibidos y venerados cristianamente por todas las gentes."

También los Reyes insisten en el buen trato a los peregrinos y la Orden de Cluny se lanza a la construcción de hostales a lo largo de todo el Camino, donde los romeros pudiesen encontrar comida y alojamiento. San Lesmes y Santo Domingo de la Calzada son grandes constructores de estas hospederías que progresivamente sustituyen a los Monasterios único lugar donde, en los primeros y agitados tiempos del Camino, era posible hallar alojamiento seguro.

Uno de los primeros albergues es el de Roncesvalles, creado en el año 1132, siendo su elección ejemplo de hábil propaganda turística, tanto por su estratégica localización en el Camino de Santiago como por lo confortable de su alojamiento y los recuerdos de Rolán que evocaba en los peregrinos franceses, que eran la mayoría de los que por allí pasaban.

Algunos de estos albergues eran de gran importancia, contaban con hospitales y hasta en ocasiones con cementerio propio, algo no inútil en una era de epidemias y gran mortalidad. Entre los más conocidos se encontraba el Hostal de San Marcos, en León, recientemente restaurado a su primitivo uso y esplendor, tras una serie de avatares a lo largo de su historia, por una feliz iniciativa del Ministerio de Información y Turismo.

Pero no se limitan a esto las medidas que adoptan las autoridades y que hoy calificamos de política de protección y defensa del turismo.

El Arzobispo Gelmírez realiza en las Iglesias de su Diócesis lo que la historia ha calificado como el "Pío latrocinio", se apodera de sus más renombradas reliquias, que traslada a la Catedral compostelana como un aliciente más a la veneración de los peregrinos.

El Códice Calixtino hablaba de los abusos y extorsiones que cambistas y posaderos hacían a los peregrinos. Las ordenanzas reales insisten una y otra vez en la obligación de cobrarles lo justo. Hay toda una literatura de los milagros conque eran premiados o castigados los que acogían a los peregrinos, según hubiese sido su comportamiento, y el comienzo de nuestra poesía popular en romance con Gonzalo de Berceo nos deja en el primero de nuestros poetas testimonio de tales milagros.

El peregrino está también eximido del "portazgo" que grava al visitante corriente hasta épocas muy posteriores, y surge, por último, el conocido "botafumeiro", que en su origen tiene probablemente

carácter de instrumento higiénico y desinfectante ante la cantidad de peregrinos que dormían en el templo. El actual es de latón plateado, pesa unos 80 kilogramos y tiene poco más de cien años.

* * *

El Camino de Santiago y el Año Santo Compostelano dejan su impronta no sólo en la España bajo-medieval, sino en toda la Europa de su tiempo, y se convierte, además, en el lazo entre aquellas remotas épocas y la actualidad.

Sus efectos culturales, socio-económicos y políticos son poderosísimos.

El Camino es, ante todo, eso, vía de enlace en todos los órdenes entre España y el resto de Europa, por el fluyen en ambas direcciones personas, ideas y productos.

España, aislada por su ininterrumpida guerra contra el moro, experimenta un alto grado de permeabilización a la cultura latino-germánica, es uno de los mismos efectos, el mutuo conocimiento entre los pueblos, que producirá el turismo al nacer como tal en los inicios del pasado siglo.

A Santiago vienen no sólo los europeos, franceses, ingleses, portugueses, flamencos y centroeuropeos, sino que también es un punto de contacto entre árabes y cristianos. Se acercan y conocen disímiles maneras de ser, costumbres y tradiciones, enriqueciéndose mutuamente. El Reino de Castilla adquiere por medio del Camino de Santiago conciencia europea, y los diversos reinos peninsulares conciencia nacional de pertenecer a una unidad superior que es España.

Por él se transmiten nuevas formas culturales; en literatura los cantares del ciclo carolingio, que toman carta de naturaleza en España; en el arte nada más y nada menos que el Románico, primera expresión artística europea de carácter plurinacional. El Románico en su universidad y diversidad nace y florece a lo largo del Camino de Santiago bajo la égida cluniacense. Su piedra trabajada es el alfabeto que lee el pueblo iletrado. Si surge en Francia y de allí pasa a España por la Ruta Jacobea se enriquece en su país de origen, en virtud de un intenso proceso de transculturación, con motivos hispánicos como en el Claustro de Moissac, en Notre Dame du Port en Clermont, en San Sernín de Tolosa. Mientras que la parte española de la Ruta es un auténtico museo de lo mejor de este arte.

Y junto a estos efectos culturales, los socio-económicos son también de decisiva influencia en la España de los últimos siglos del medievo.

A lo largo de la ruta nacen las ciudades, y en su meta Santiago, y las ciudades son en la España de la época sinónimo de libertad. Cuenta Compostela con una enriquecida burguesía antifeudal y de gran movilidad social, lo que desembocará, en los alrededores del

Renacimiento, en los conflictos sociales que, con el nombre de Guerras Hermandinas, ensangretaron a Galicia.

La ciudad es rica, los favorables efectos económicos de este que podemos denominar turismo religioso son evidentes, tanto en la ruta como en Compostela. Según el Códice Calixtino, ante la plaza de su inconclusa Catedral con nueve torres; los "cambiarrii" ponían sus "taboas doradas e pintadas con arcos y balanzas", para facilitar el trueque de las monedas de distintos lugares, los "concheiros" venden las conchas de peregrinos y otros objetos típicos, y ponen sus tiendas los "picheleros" o estañeros.

Surgen industrias locales de carácter artesanal para abastecer la demanda de los peregrinos: la de cueros, hierbas medicinales y azabaches, que llegó a tener gran importancia, y de la que aún hoy existen vestigios.

En 1443 el Arzobispo Mendoza organizó el gremio de azabacheros compostelanos, del que todavía en el siglo XVIII nos llega noticia, como la recepción que la cofradía hace al Arzobispo Gil Toboada en 1746.

A lo largo del Camino surgen los mercados y las ferias, se pueblan las tierras, salen al extranjero los productos agrícolas españoles y se incrementa la ganadería, principal instrumento de capitalización en las economías primitivas. Y se convierte en fuerte importante de recursos para la corona y en instrumento de progreso económico del Reino de Castilla en general y de Galicia en particular.

El origen nacional de los peregrinos es heterogéneo, el núcleo más importante es el francés, y en Compostela existe una capilla francesa debida a Luis XI, devoto de Santiago, que al firmar el Tratado de Arques con los burgueses flamencos exigió que cien vecinos de Brujas y Courtrai hicieran la peregrinación a Santiago.

Durante la Guerra de los Cien Años, don Pedro el Cruel se colocó al lado de Inglaterra, contra Francia, mientras que sus sucesores, los Trastámara, apoyaron a este país, pero Galicia, fiel a don Pedro, fue ocupada por sus partidarios con ayuda inglesa, y en los cinco años que el Duque de Lancaster gobierna Galicia y establece la capital en Santiago llegarán a la ciudad más de 10.000 pesegrinos ingleses. Recuperada por Enrique III, en una Cédula de este Rey fechada en 1397 se indica que la mayoría de los barcos que tocan en puertos gallegos vuelven a ser franceses.

También llegan muchos centro-europeos y a los peregrinos flamencos se debe el conocido canto "ultreya".

Nadie sabe, no había estadísticas, cuántos miles o millones de peregrinos recorrieron el Camino de Santiago en aquellos siglos, son casi todos anónimos, pero la Historia nos ha conservado el nombre de algunas de las personalidades más destacadas que por él marcharon.

Fue el Abad Gotescalco el primero de quien nos ha llegado noticia; lo siguieron Santos y Reyes, Obispos y legos, nobles y plebeyos,

artistas y guerreros, cristianos e infieles, como Algacel Yahya ben Alcaham, uno de los primeros historiadores de las peregrinaciones.

Discurre por el Camino todo el Santoral de la Baja Edad Media: San Alberto, San Francisco de Asís, Santa Isabel de Portugal y San Vicente Ferrer. Pasan artistas como Van Eyck, que lo recorre en 1482, o Hans Memling. Reyes como Luis VI de Francia, en 1137; Luis VII, en 1154; Enrique el León Duque de Sajonia, Sancho II de Portugal, Guillermo X, Duque de Aquitania, que muere ante el sepulcro del Apóstol el Viernes Santo del año 1137. Y ganan el jubileo los Reyes Católicos en 1486.

A Compostela lleva Douglas el corazón de Roberto el Bruce, el héroe nacionalista escocés, allí ha ido la comadre de Bath del poema de Chaucer antes de visitar la tumba de Becket en Canterbury. Allí va el Gran Capitán tras sus triunfos. Por allí pasan los dignatarios de Europa. Por allí pasan en 1965 los Reyes de Bélgica, dignos sucesores de una historia gloriosa vinculada al Camino. Por él pasan todos los gobernantes católicos de España.

* * *

Con el Renacimiento llega la decadencia de las peregrinaciones en general y del Camino de Santiago en Particular.

La secularización del espíritu europeo, la progresiva tibieza en la fe popular y el nacimiento del nacionalismo son otros tantos obstáculos en la ruta compostelana.

Vienen aún peregrinos de Francia en el sigloxvi, pero las guerras de Religión, el triunfo del protestantismo en grandes zonas de Europa y la propia política del aislamiento de los Austrias matan estas peregrinaciones, que acabará prohibiendo Luis XIV en 1661.

Al entibiarse la fe aumentan los pícaros bajo hábito de peregrino. En 1503 el Concejo de Santiago decretó que "cualquier hombre vagante que a esta ciudad viniera, ora en romería, ora de otra manera, no teniendo oficio o sin causa justa que aquí le detenga, no esté en la ciudad más del tercer día, sopena de treinta días de cárcel.

Y un siglo después Cervantes nos describe el encuentro, en tierras de Aragón, de Sancho con los peregrinos, tras abandonar el gobierno de su Insula, entre ellos viene su amigo el morisco Ricote a recoger sus bienes y volver a ver a su Patria, pues "doquiera que estamos lloramos por España", de los tudescos que le acompañan dice a Sancho: "Tienen por costumbre de venir a España muchos de ellos cada año a visitar los santuarios della que los tienen por sus Indias y por certísima granjería y conocida ganancia." Tan extendida se hace esta picaresca en el crepúsculo del Camino que Felipe III ha de prohibir el uso de la vestimenta de peregrino.

Al subir los Borbones al Trono español parecían definitivamente desaparecidas las peregrinaciones a Compostela y que el Camino de Santiago no era sino uno más entre los jalones de la Historia Patria.

En las postrimerías del pasado siglo, al producirse el renacimiento de los estudios gallegos, revivió el interés por el Camino de Santiago, se editó el Códice Calixtino y López Ferreiro publicó su obra monumental "Historia de la Santa Iglesia de Santiago de Compostela".

Pero se trataba de algo que sólo interesaba a los eruditos y que permanecía, de hecho, olvidado por la generalidad de la gente.

La resurrección del Año Santo Compostelano en todo su esplendor se verifica en el año trágico de 1937. En 1943 se celebra el nuevo Año Santo con fervor, esplendor e impacto en España, pero debido a las circunstancias porque atravesaba el resto del mundo, sin resonancia fuera de las fronteras.

Es en el tercer Año Santo de la nueva España, ya normalizada la situación internacional, cuando éste recupera su antiguo esplendor y el rango plurinacional que había perdido hacía tres siglos. También en este Año Santo —1954— resucita el Camino de Santiago como vía de peregrinos y turistas.

Pero ello no se realiza sin la labor paciente y callada de autoridades y particulares. Se organizaron exposiciones sobre la Ruta Jacobea, se revivió en Francia el interés por las peregrinaciones, constituyéndose la "Asociación de los Amigos de Santiago de Compostela" bajo el patronato simbólico del Obispo Gotescalco, el primer peregrino conocido, se iniciaron las reuniones culturales "Música en compostela", debidas a la feliz iniciativa del entonces Director General de Relaciones Culturales, señor Ruiz Morales; se inauguró el espléndido Hostal de los Reyes Católicos, donde se combina el lujo y las comodidades modernas con el señorío y grandezas pasadas.

Los resultados de aquel Año Santo no pudieron ser más halagüeños, coincidiendo con el inicio del turismo masivo a España, un millón de peregrinos españoles y extranjeros visitaron Santiago en 1954 para ganar el jubileo.

El Año Santo de 1965 resultó ser el más brillante en la historia compostelana. La labor oficial fue intensísima, tanto para provocar la mayor afluencia de peregrinos como para hacer frente a los problemas que llevaba aparejados tal afluencia masiva.

A tal fin se organizó un Patronato con la participación de los organismos interesados. La labor propagandística fue de gran magnitud. El Ministerio de Información y Turismo editó carteles y folletos alusivos con tirada de más de un millón de ejemplares; organizó cursillos en ocho provincias de la Ruta; realizó una intensa labor de divulgación en prensa, radio y cinematógrafo, concediendo un premio de 10.000 pesetas al mejor cortometraje sobre el Camino de Santiago.

No ha habido periódico español que no contribuyese en sus columnas a esta obra de divulgación. Se colocaron avisos alusivos a sus recuerdos históricos y artísticos en los pueblos del viejo "Camino Francés", que ha sido convenientemente señalizado.

Tanto el Ministerio de la Gobernación como la Alcaldía de Santiago pusieron todo su esfuerzo al servicio del éxito de este Año Jubilar.

El Camino ha contribuido a abrir zonas de España hasta ahora prácticamente inéditas para el turismo. Problema del mismo, de Galicia en general, era el déficit de alojamientos adecuados para hacer frente a la ola de peregrinos.

Siguiendo la misma pauta que el anterior Año Santo se inauguró el monumental Hostal de San Marcos en León. Mientras que en la ciudad de Santiago a sus 2.000 alojamientos hoteleros y 2.000 extra-hoteleros se unieron más de 4.000 alojamientos suplementarios en el "Burgo de las Naciones", consistente en pabellones desmontables y aptos para utilizar en otro lugar de España que pueda recibir una similar afluencia de visitantes en circunstancias extraordinarias.

En 1965, a los caminos tradicionales —francés, inglés y portugués— podía añadirse un cuarto camino, el americano, alimentado primordialmente por los 2.000.000 de españoles residentes en el Nuevo Mundo.

En el Año Santo Santiago recibió 2.500.000 visitantes entre españoles y extranjeros. Puede decirse que en 1965 todos los caminos llevaban a Santiago de Compostela.

LUIS MARIÑAS